Capítulo 1
UNA ENCICLOPEDIA DE PIEDRA

Estas pirámides [...] han sido las tumbas de príncipes que han querido o permitido que sirvieran de testimonio para la posteridad de la ciencia de Egipto. Han cumplido su destino, pues nos han conservado el modelo exacto de la dimensión del globo terráqueo.

Edme François Jomard: ***Description de l'Égypte*****, vol. IX**

Capítulo 2

VIAJE AL ANTIGUO EGIPTO

El principio es la mitad del todo.

Pitágoras



Figura 2.2. Imagen de satélite que refleja el abrupto e inconfundible contraste del color verde del valle y el delta del Nilo con el amarillo-ocre del desierto que los enmarca por los lados.

El viaje primordial e iniciático que emprendí a través de Egipto me resultó sumamente impresionante, sumamente pedagógico, ya que si me apasionó su historia monumental, también me sobrecogió su juego de dualidades.

La primera dualidad era una dualidad territorial.

Se producía entre el Alto y el Bajo Egipto. El Antiguo Egipto estaba compuesto por dos reinos y, por tanto, por dos coronas. El Bajo Egipto, que está situado al norte y corresponde al delta, estaba representado por la corona roja. Y el Alto Egipto, ubicado al sur y definido por el valle del Nilo desde el delta hasta la primera catarata, se encontraba simbolizado por la corona blanca. Menes o Narmer fue el faraón documentado históricamente que unificó ambos reinos, aunque según la mitología egipcia esta fusión fuera realizada por Osiris.

La segunda dualidad es una dualidad a la vez filosófica y geográfica.

Se produce entre la vida y la muerte, entre el río, el incansable generador de la vida, y el desierto, el reseco y ardiente símbolo de la muerte. Esta antítesis se resolvía míticamente y místicamente en el Imperio Antiguo mediante la lucha entre Osiris y Seth, los dioses que simbolizaban, respectivamente, el bien y el mal.

Según Plutarco, Osiris era un dios húmedo y lunar que se encarnaría en el Nilo. Por el contrario Seth, que mató a Osiris en el tiempo de sequía del río —producida por la desaparición de los vientos etesios—, personificaría la cara maligna de Ra, los excesos del Sol que desecan la vida. Estos vientos proceden del norte, soplan desde el mar Mediterráneo hacia Egipto y templan el intenso calor del verano.

Las tres pirámides de Giza se hallan en la ribera oeste del Nilo, en la orilla de los difuntos, donde el Sol muere diariamente inmolado en el fuego del crepúsculo. Se encuentran situadas en el límite del risco milenario excavado por las aguas, y desde su silencio secular parecen contemplar el trajín del río de los hombres, con su verde y polícroma sonoridad.

Keops y sus descendientes, los faraones de la IV Dinastía, construyeron, pues, un mirador único para cuando ya no tuvieran ojos para mirar. Porque las tres pirámides y la Esfinge forman un impúdico belvedere de la vida desde la orilla reseca y pudorosa de la muerte.

La tercera dualidad se genera entre el cielo y la tierra, entre lo divino y lo humano, entre la Vía Láctea —el río celeste de los antiguos egipcios— y el Nilo.

Cuando las aguas del río se amansan, acogen la proyección del cielo sobre la tierra y se convierten en el espejo del firmamento.

Entonces todo se duplica y el hermético y críptico principio de Thoth se convierte en una verdad manifiesta, expresada verbalmente en forma extensa o reducida:

Lo que es arriba, es abajo.
Lo que está arriba es igual a lo que está abajo.

Esta frase parece recoger un principio elemental sacado de la observación de la naturaleza: el espejo de las aguas del Nilo podía haber alimentado la filosofía hermética, y su realidad dual sería extrapolada a todo el cosmos como una alegoría.





Figura 2.3. La Gran Pirámide y su reflejo en las aguas del Nilo. El espejo del río pudo haber alimentado la realidad dual de la cosmología egipcia.

Figuras 2.4 y 2.5. Amuletos de fayenza, fechados en el Imperio Nuevo o el Tercer Periodo Intermedio, que representan las coronas del Bajo Egipto (corona roja) y del Alto Egipto (corona blanca). Según la mitología egipcia, la fusión de los dos reinos fue realizada por Osiris.

DIVINIDADES Y SACERDOTES

Osiris e Isis

En el mito de Osiris se incluye una sexta dualidad entre masculinidad y feminidad, que se hallaba instalada tanto en la tierra como en el cielo, a través de la doble pareja Osiris-Isis, Orión-Sirio.

En la tierra, esta dualidad de género se establece entre Osiris e Isis.

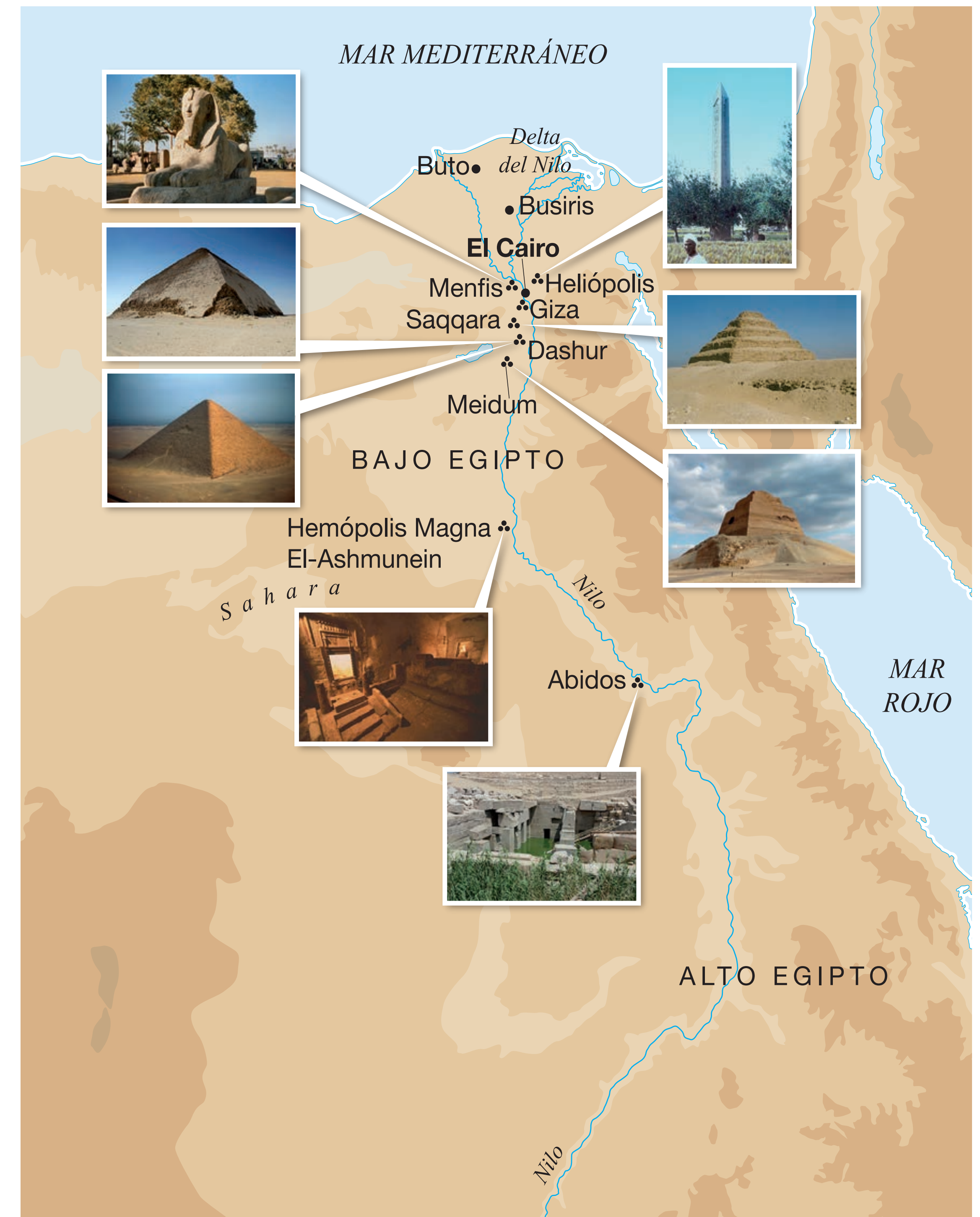
Osiris era un dios de apariencia momiforme y procedencia desconocida, cuyos principales centros de culto se hallaban en Abidos, en el Alto Egipto, y en Busiris, en el Bajo Egipto.

En el Imperio Medio se solía representar a Osiris con la corona blanca del Alto Egipto, lo que probablemente nos revela su origen.

Dicha corona aparece ya en el Periodo Protodinástico sobre las cabezas de los reyes tinitas, que recibieron este nombre por ser procedentes de Tinis, ciudad cercana a Abidos, de donde probablemente eran originarios los reyes de las dos primeras dinastías.



Figura 2.6. Sepulcro de la necrópolis de Sheij Abd el-Qurna (Tebas), de tiempos de Amenofis III (-1390 a -1352, XVIII Dinastía), en el que se representa el culto a Osiris por parte de un sacerdote y su mujer.



Pero… ¿quién fue Osiris?

¿Osiris era una persona o el nombre mitológico unificador de los miembros de un pueblo extranjero que debido a sus conocimientos superiores fueron considerados como semidioses?

En este contexto, la palabra *horoi* podría ser una transcripción de la palabra griega *óroi* (*ώροι*), «años», una palabra íntimamente ligada con *órai* (*ώραι*), «estaciones». Si así fuera, y no se tratara de un error de transcripción…

¿Los semidioses que, según la mitología, reinaron en Egipto, hablaban alguna forma de griego arcaico?

Una respuesta positiva a esta última pregunta empezaría a resolvernos el enigma de la gematría griega aplicada a la Gran Pirámide y al Antiguo Egipto.

Volviendo al texto de Eusebio, unos «*años que eran lunares y duraban treinta días*» eran, evidentemente, meses. El mes lunar, lunación o revolución sinódica es el tiempo entre dos plenilunios consecutivos, es decir, el tiempo que tarda la Luna en dar una vuelta completa percibida desde la Tierra. Su duración es de 29,5306 días (29 días 12 horas 44 minutos 2,8 segundos), por lo que, por aproximación, se consideran 30 días.

Pero éste no es el único periodo de la Luna, ya que la rotación lunar* o revolución sidérea es el tiempo que tarda en dar un giro completo sobre su eje, un tiempo que coincide con su traslación alrededor de la Tierra, que es de 27,3217 días (27 días 7 horas 43 minutos 11,5 segundos).

Debido al desplazamiento conjunto de la Tierra, la Luna y el Sol sobre el fondo celeste, ambos ciclos son diferentes. A lo largo de un año se producen una media de 12,36827 meses lunares —que corresponden a los 12 meses del calendario— y de 13,36823 rotaciones lunares.

Si consideramos que los 432.000 años de Beroso fueron meses lunares, descubriremos lo siguiente:

> ***432.000 meses lunares corresponden exactamente a 12.757.214 días.***

El ciclo de Beroso y los orígenes del sistema sexagesimal

El 432.000 era, pues, un número astronómico de alta precisión, ya que esta igualdad es tan perfecta que supone una exactitud total para este periodo de 12.757.214 días, que equivale a poco más de 34.928 años.

> ***Al periodo de 432.000 meses lunares le llamaremos ciclo de Beroso porque llega hasta nosotros gracias al historiador babilonio.***

Y el número 34.928 es múltiplo de 296, es decir, de 1/3 parte de 888, de 888/3.

Como hemos visto en el capítulo 3, la precesión de los equinoccios es el periodo de 25.770 años en que el eje de la Tierra cierra una figura cercana a un círculo cuyo centro se halla en el Polo de la eclíptica (fig. 5.11), el punto del firmamento que está aparentemente inmóvil observado desde la Tierra, ya que su movimiento es muy pequeño.

Consideremos esos 25.770 años en que la precesión cierra un círculo completo de 360°. Mediante una regla de tres veremos que a los 34.928 años del ciclo de Beroso le corresponden 487,935° de ese círculo, por lo que sobrepasaría los 360° de la precesión en 127,935°.

Ahora, volvamos atrás un momento para recordar.

El ángulo de inclinación de la Gran Pirámide era de 51,84° y el ángulo de su vértice, de 76,32°. Si los sumamos… ¿qué obtendremos?… 128,16°.

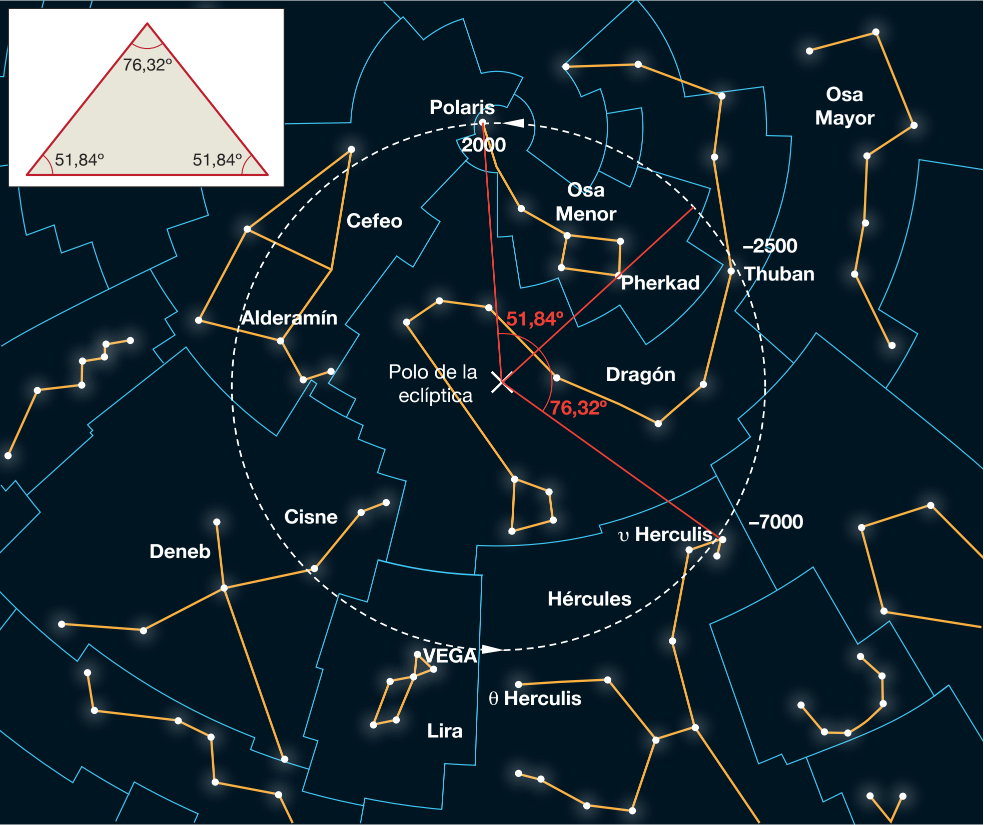


Figura 5.11. La precesión de los equinoccios produce el desplazamiento circular del norte alrededor del Polo de la eclíptica. Las cifras señalan la posición del norte en años concretos: por ejemplo, arriba, la estrella Polaris, en el año 2000. Obsérvese que el ángulo que va desde la constelación de Hércules (hacia el año —7000) hasta Polaris coincide con la suma del ángulo de la inclinación de la Gran Pirámide más el ángulo de su vértice. Imagen elaborada a partir del programa *Guide*.

De la suma de la base y la altura de la Gran Pirámide en codos reales (720) y metros (377), hemos obtenido[15]... ¡la letra Φ, que es la que designa el número de oro!

Porque, mediante la gematría, decir «521» era lo mismo que decir «Φ».

Hemos llegado, pues, a una triple conclusión encadenada:

El producto de los números que resultan de sumar la base y la altura de la Gran Pirámide en codos reales (720) y en metros (377), equivale al cuadrado de 521. 521 es el valor de adición de la letra Φ, que designa el número de oro. 720, 377 y 521 suman 1.618, que es igual a 1.000 veces el número de oro.

¿Pero recuerdas que el número Φ o número de oro establece la proporción interna de la Gran Pirámide[16]?

Por tanto, es lógico encontrarlo asociado a ella. —Y todo ello resulta de la suma de la base y la altura de la Gran Pirámide en codos reales y en metros—.

¿Es una casualidad?... ¿Se trata de una broma numérica?... ¿O es una manifestación más del virtuosismo matemático de los sacerdotes-arquitectos que proyectaron la Gran Pirámide?

La arista, la divinidad y las unidades de medida

Después de haber realizado conjuntamente contigo esta demostración científica, casi cercana a la *heka** —el concepto de magia del Antiguo Egipto que no tiene parangón en nuestra cultura—, vamos a analizar la Gran Pirámide una vez reconstruida. Y veremos que su estudio cada vez nos maravillará más.

Las tres longitudes más importantes de una pirámide son base, arista y altura.

La arista es la línea que recorta la Gran Pirámide contra el cielo, y las otras dos son las longitudes que definen el dibujo de su geometría.

En la fig. 5.18 las encontraremos en metros y en codos reales. En la 4.ª columna se halla una proporción equivalente a la medida en codos reales. La 5.ª columna contiene el resultado obtenido de la columna anterior. Y en la última de ellas, la diferencia entre la medida de longitud en codos reales (por ejemplo, 440) y la medida calculada mediante la proporción equivalente (por ejemplo, 439,83).

[15] Las combinaciones del 720 y el 377 ya son bastante notables. Su suma, 720 + 377 = 1.097, equivale a e^7 (1.096,6). Su resta, 720 – 377 = 343, es igual a 7^3. Y su producto, 720 × 377 = 271.440, equivale a Φ^{26} (271.443).

[16] Ver capítulo 4, fig. 4.2.

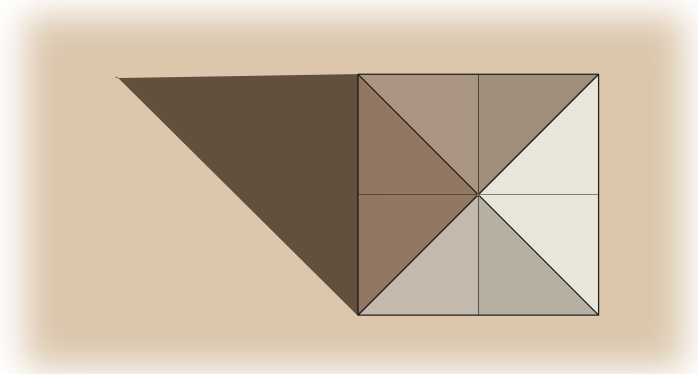


Figura 5.17. La Gran Pirámide, según el trabajo de reconstrucción digital recogido en este libro, en una vista cenital con una sombra proyectada sobre el suelo.

Fijémonos en la longitud de la arista que recorta la pirámide contra el cielo:

La arista de la Gran Pirámide medía exactamente 218,00 metros. Y éste es un número excepcional que, mediante el Código Secreto, se obtiene de las iniciales del nombre del Dios Uno representado por el 888.[17]

Cada una de las cuatro aristas, de las cuatro rectas majestuosas que elevaban la pirámide hacia el firmamento por encima del zócalo de nivelación, contenía un enigma impresionante, quizás el más vistoso, por inmediato, que ofrecía la Gran Pirámide: cada una de las aristas midió 218 metros exactos, un hecho que confirma la presencia del metro en la Gran Pirámide, mediante un número que, como veremos en esta obra, estaba asociado al Dios Uno, al *Neter Ua* documentado en el Periodo Predinástico.

Por tanto, si hasta ahora habíamos considerado que la Gran Pirámide sólo era un monumento para garantizar la eterna salvación de Keops transformándolo en un semidiós, la geometría y la gematría nos estaban dando una visión diferente: la Gran Pirámide era un monumento que se elevaba al cielo para exclamar el nombre de un Dios Uno casi desconocido hasta ahora, un Dios Uno de origen ignoto que adquiría una importancia excepcional.

Gran Pirámide	metros (m)	codos reales (cr)	proporciones equivalentes (cr)	resultado obtenido (cr)	diferencia (cm)
base[26]	230,39	440,00	≈ 100 Φ *e* =	439,83	9,0
arista	218,00	416,34	≈ 100 Π *p* =	416,17	8,8
altura	146,61	280,00	≈ 200 Φ *e*/Π =	280,00	–0,1
sumas	595,00	1.136,34		1.136,00	17,7

Figura 5.18. Las medidas de la Gran Pirámide y las 4 Proporciones Esenciales.

[17] Se ha considerado la base de la Gran Pirámide igual a los 440 cr del lado del cuadrado que la envuelve.

Capítulo 9

EN BUSCA DE LOS ORÍGENES DE EGIPTO

La Historia no es una ciencia, es un arte.
En sus aciertos interviene siempre la imaginación.

Anatole France